



**Maria
Callas**
Cartas y memorias

Edición a cargo de TOM VOLF


Biografías

Akal / Biografías / 13

*Maria
Callas*

Cartas y memorias

Textos recopilados y comentados por Tom Volf

Traducción (del italiano, francés e inglés): Emiliano D'Incecco y Jordi Sánchez i Sanjuán



akal

ARGENTINA

ESPAÑA

MÉXICO

«ALGÚN DÍA ESCRIBIRÉ MI AUTOBIOGRAFÍA. ME GUSTARÍA SER YO QUIEN LA ESCRIBIERA, PARA ACLARAR ALGUNAS COSAS. SE HAN DICHO TANTAS MENTIRAS SOBRE MÍ.»

Gracias a esta obra excepcional, que reúne sus memorias inconclusas y más de 350 cartas -en buena parte inéditas y redactadas a lo largo de tres décadas (1946-1977)-, el deseo de Maria Callas cobra finalmente vida.

He aquí Maria Anna Cecilia Sofia Kalogeropoulos, la divina Callas, al desnudo. Un mito, una leyenda dotada de una singular voz que abrió nuevos caminos en el repertorio operístico.

Sin embargo, ¿cuánto sabemos realmente de quien asimismo destacó por su inmensa capacidad interpretativa, cuánto de la frágil mujer tras semejantes dones para el canto? ¿Qué sabemos realmente de esta gran artista, dividida entre la imagen pública y la vida privada, víctima de su propio perfeccionismo y en constante lucha con su propia voz? La respuesta, en este autorretrato sorprendente y fascinante de la última gran diva del siglo XX.

Desde su modesta infancia en Nueva York hasta los años de guerra en Atenas, desde su debut en la ópera hasta las alturas de una carrera

planetaria marcada por escándalos y zozobras personales, desde el amor idealizado por su marido hasta la abrumadora pasión que la arrastró hacia Onassis, esta obra singular nos acerca, en primera persona, a la mujer de carne y hueso tras la leyenda.

Maria Callas (Nueva York, 2 de diciembre de 1923 - París, 16 de septiembre de 1977) es la soprano más icónica de todos los tiempos. Nacida en el seno de una familia de origen griego, fue capaz de conquistar, con su voz y talento prodigiosos, los más codiciados escenarios del mundo entero; elevó el bel canto a un nivel de reconocimiento y pasión nunca vistos hasta entonces, y fue amada y odiada hasta el punto de convertirse en la *Divina*.

Tom Volf, compilador de la obra, es el gran especialista en la diva greco-estadounidense, a la que ha consagrado varios libros, un celebrado documental (*Maria by Callas*, 2017) y, recientemente, una obra de teatro inspirada en estas *Cartas y memorias*. Volf es asimismo fundador y presidente de la Fundación Maria Callas [www.mariacallas.fr], que vela por el legado artístico y personal de la cantante y que, próximamente, abrirá un museo en París.

Recopilar y sacar a la luz los escritos y cartas de Maria para este libro único le ha llevado más de cinco años de arduo trabajo.

Diseño de portada

RAG

Motivo de cubierta

Fernando Vicente

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original

Lettres & mémoires

© Éditions Albin Michel, 2019

© De las ilustraciones, Fonds de Dotation Maria Callas

© Ediciones Akal, S. A., 2022

para lengua española

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-5237-1

*Being no poet, having no fame,
Permit me just to sign my name*[\[1\]](#).

A handwritten signature in cursive script that reads "Mary Anna Callas". The signature is written in dark ink and is positioned to the right of the main text block.

[1] «No siendo poeta, no teniendo fama, permíteme simplemente firmar con mi nombre», firmado Mary Anna Callas. Esta es la dedicatoria y firma que utilizó Maria Callas en los diferentes anuarios escolares de sus compañeros durante su graduación de octavo grado en el año 1937, días antes de partir a Grecia junto a su madre y su hermana Jackie.

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Tom Volf



Maria Callas recibe el aplauso del público del Liceu. Barcelona, 5 de mayo de 1959.

Estoy encantado de ver esta edición publicada en español. Después de todo, existe una estrecha relación entre Maria Callas y España. Comenzando por el hecho de que su profesora, Elvira de Hidalgo -no solo mentora en su adolescencia y a lo largo de toda su vida, sino también la persona más cercana a ella, pues fue para Maria una especie de segunda madre, como atestigua la

correspondencia recogida en este libro-, era aragonesa de origen.

También hay otras conexiones, motivadas por las giras de conciertos que la llevaron a visitar con asiduidad España, donde realizó algunas representaciones significativas como, por ejemplo, la del concierto que ofreció en el Gran Teatre del Liceu de Barcelona en 1959 (al que, además, asistió De Hidalgo).

También su actuación en Madrid ese mismo año, donde después del concierto acudió, con su amiga Elsa Maxwell, a una fiesta en el estudio de Antonio Ruiz (conocido artísticamente como Antonio *el Bailarín*).

Más adelante, en la década de 1960, visitaría España de vacaciones, viajando a bordo del *Christina* con Onassis. Una de sus visitas más recordadas fue a Mallorca, en compañía de la princesa Grace y el príncipe Rainiero de Mónaco. A principios de los años setenta volverá a España una vez más, en esta ocasión a Sotogrande (Cádiz), donde visitó a los Moore, íntimos amigos, en su residencia. Se conservan fotos de ella bañándose al sol en la villa y pasando el día en un campo de golf junto a Giuseppe Di Stefano. Estas imágenes la muestran relajada y alegre.

Maria Callas realizará una última visita a Madrid en 1973, con motivo de su gira de despedida de los escenarios junto a Di Stefano. A esta memorable actuación asistieron la princesa Sofía de Grecia y Elizabeth Taylor, y se conservan asimismo numerosas fotografías tomadas entre bastidores después de la actuación.



Maria Callas y Giuseppe Di Stefano conversan animadamente con Sofía de Grecia, entonces princesa de España, tras el concierto ofrecido en Madrid el 20 de noviembre de 1973 (fotografía publicada en *ABC Sevilla* el 22 de noviembre de 1973).

El lector podrá así, siguiendo el recorrido cronológico de la vida de Maria Callas trazado por estas cartas y memorias inacabadas, recordar aquellas épocas y episodios que vinculan a la Callas con España y sentir sus escritos, quizá, aún más cercanos, al tiempo que descubre la vida de una mujer sencilla con un destino extraordinario.

INTRODUCCIÓN

Tom Volf

París, 1 de junio de 2019

Querida Madame Callas, querida Maria,

Le escribo por vez primera y, sin embargo, hace ahora más de cinco años que me embarqué, a su lado, en este viaje inesperado que puso mi vida patas arriba. Cinco años que viajo por el mundo siguiendo sus pasos y conociendo a sus seres queridos, al menos a quienes todavía están entre nosotros, pues otros se han reencontrado ya con usted en el cielo, como nuestro querido Georges Prêtre o la leal Bruna. Todos estos encuentros me han llevado, inspirado y nutrido en esta «misión» cuyo objetivo siempre ha sido conocer la verdad sobre usted, para mostrarla de una manera auténtica, lejos de chismes y clichés, a fin de honrar su nombre, servir a su memoria y al arte, para seguir dándoles vida y transmitirlos a nuevas generaciones. He puesto mi corazón y mi alma en esta tarea, del mismo modo en que usted se consagró a servir a la música y al genio de los compositores que estimaba.

Todo comenzó en Nueva York una noche de enero de 2013. Ese día acababa yo de descubrir el bel canto. Joyce DiDonato cantaba *Maria Stuarda* en el Metropolitan con una puesta en escena de David McVicar (digno heredero de su Visconti). Entonces fue Donizetti quien me llevó a usted, cuando la escuché esa noche en internet por vez primera, de vuelta a mi pequeña habitación de estudiante, en el aria de la locura de su Lucia, e inmediatamente después con la cruda voz del amor de su Elvira en la primera grabación que nos legó de *I Puritani*.

Cantaba usted «Il dolce suono mi colpì di sua voce» (El

dulce sonido de su voz me llena) y yo estaba hechizado por ese sonido, «Spargi d'amaro pianto» (Derrama lágrimas amargas) y lloraba con usted, «Ah, rendetemi la speme» (Oh, devuélveme la esperanza) y sentía yo ese amor que languidece, «Qui la voce sua soave mi chiamava» (Aquí, su voz dulce me llamaba) y la emoción me invadía. Una especie de emoción que yo nunca había sentido con ninguna música, algo celestial, que hacía vibrar mi alma.

Todavía no sabía por qué la llamaban la *Divina*. Término que, además, no era de su agrado, porque daba a entender que usted no era humana cuando deseaba tanto que se le reconociera esa humanidad; probablemente fuera porque perdonamos más a los humanos que a los dioses, y se le ha perdonado a usted tan poco... Y, sin embargo, había algo de divino en su canto. Teodoro Celli lo describió, mucho mejor que yo, en ese artículo que usted apreciaba en grado sumo y que añadí, como a usted le hubiera gustado, al final del libro. Aun hoy no sabría decir si fue la emoción de los personajes que encarnó lo que me abrumaba tanto, si es que llegaron a estar vivos al conjuro de su voz o fue la voz de su alma lo que yo sentía.

Joyce DiDonato me diría unos meses después: «Este es un mundo que se abre a ti», y de hecho usted me hizo descubrir todo un universo, mágico y fascinante. Esa noche caí rendido ante el maravilloso mundo al que me transportó, como de súbito enamorado artística, musical y emocionalmente. De Norma, de Violetta, de Leonora y de tantas y tantas heroínas a las que hizo cobrar vida. En una época bastante oscura de mi vida, usted me trajo luz.

Bien pronto comprendí que eso mismo que usted me había regalado se lo había concedido también a muchos otros, de todas las generaciones, culturas y orígenes. Y eso venía sucediendo a lo largo de más de sesenta años. Inicié una correspondencia con John Donald, un veinteañero australiano que había sido, tiempo atrás, muy fan del Hard Rock Metal, llevaba el cabello con rastas por la rodilla y

consumía adictivamente ciertas sustancias nocivas, hasta que un buen día tuvo también conocimiento de usted, apenas dos años antes que yo. Al poco se cortó el pelo, dejó de consumir sustancias ilícitas y fue convirtiéndose en uno de los mayores conocedores de las denominadas grabaciones «piratas» que tanto apreciaba usted, las únicas que escuchaba en el crepúsculo de su vida, cuando se las pedía a los propios «piratas» que estaban detrás de estas grabaciones, como Dagoberto Jorge, a quien –según me refirió él mismo– usted hizo que se las llevara al Hotel Plaza de Nueva York, o a la Avenida Georges-Mandel en París. John Donald había pasado horas y días digitalizando los viejos y muy escasos vinilos que, cuarenta años atrás, Dago y sus amigos habían confeccionado de modo tradicional, a fin de ponerlos gratuitamente a disposición de todo el mundo en internet. Yo fui uno de los afortunados que se benefició de la labor de John, quien era capaz de explicar con precisión de orfebre, en correos electrónicos a menudo de varias páginas, los logros concretos en tal o cual velada de La Scala, lo que distinguía unas interpretaciones de un mismo papel de otras, efectuadas con algunos años de diferencia. Enciclopédico conocedor de todo lo que tenga que ver con su arte, John, quien vive a miles de kilómetros de mí (hasta la fecha, jamás hemos tenido ocasión de conocernos en persona), ha sido el «contrabandista» de los conocimientos que me permitieron adentrarme en ese universo. Dijo una vez John: «She’s out of this world, and second to none» («Ella es de otro mundo y no tiene igual»). Y tenía mucha razón.

En cuanto a mí, creo que fue entonces cuando quise también convertirme, de algún modo, en «contrabandista». Para poder transmitir a otros lo que yo había experimentado, ofrecer esta experiencia me pareció el más hermoso regalo, y que lo más gratificante que podía yo hacer sería el compartir su vida y su arte con una nueva generación. Empecé entonces lo que hoy únicamente

concibo como una misión. Dar con los parientes y amigos que usted estimaba fue en sí mismo una carrera de obstáculos, recopilar documentos y archivos perdidos -o celosamente guardados-, recorrer más de una docena de países en pos de fotografías, películas y, por supuesto, de sus cartas; y todo ello al servicio de un proyecto, único y polifacético (una película, una exposición, tres libros y grabaciones inéditas), que colocara su nombre en el centro de todo, porque en seguida entendí que era usted, y solo usted, quien podía hablarnos de una vida tan fuera de lo común. Como dijo en alguna ocasión: «After all I'm the one who's lived it» («Después de todo, fui yo quien lo vivió»).

Alumbrar este vasto proyecto, en el que nadie creía, no fue tarea fácil. Y es honda la emoción que me embarga ahora que entreveo el final de este largo viaje juntos, del cual este libro representa la culminación. Ha estado usted a mi lado casi omnipresente, y en los momentos más inciertos, ante los muchos obstáculos, siempre había una señal, un pequeño milagro, que me permitía continuar. Esto, y el apoyo constante e incondicional de sus seres queridos, que me dieron el coraje y la fe necesarios, esenciales, para este loco proyecto.

Desde el principio he encarado y perseverado en este trabajo y los proyectos que emanan de él con infinito amor, altruismo y humildad, siguiendo su ejemplo: entregarse a algo mayor que uno mismo. Hoy, estas «obras» ya no me pertenecen. La película *Maria by Callas* ha viajado a más de cuarenta países, los libros están ya en manos de los lectores. La exposición del mismo nombre fue como un mandala tibetano, cuyos miles de granos de arena de todos los colores son meticulosamente ensamblados, y el dibujo que forman perdura durante un instante, para ser luego borrado de un soplo sublime y efímero. Todo esto no entiende de beneficios ni de crédito, excepto el de haber sido el «humilde servidor del genio», como canta la melodía de *Adriana Lecouvreur*, y, si conoce el éxito, obviamente es

de usted, ante todo y sobre todo. Si con mi trabajo y tesón he podido llevar una piedrecita para alzar el edificio, ya estoy más que satisfecho. Hemos creado una institución en su nombre, en París, su amada ciudad, con quienes fueron sus seres más cercanos y queridos. El Fonds de Dotation Maria Callas llevará adelante la misión iniciada. La mía concluye ya con esta obra, que creo haber llevado lo mejor que pude a buen puerto, siempre con la voluntad de hacer las cosas como a usted le gustaría que fueran, con honestidad y respeto.

Fue con esto en mi mente como emprendí la última etapa de mi viaje reuniendo, traduciendo y anotando todos los escritos suyos que me han llegado, no sin padecimiento a veces, durante estos cinco años. Fue para mí una especie de apoteosis, una inmersión en su intimidad, así como un descubrimiento, con sorpresa debo decir, de cosas que no había comprendido cabalmente hasta ahora. Yo tengo, tenía, la impresión de tocar, a través de estas cartas, la parte más profunda de su alma y entender mejor de dónde viene su canto. Claro, nunca podemos decir que esta «correspondencia» es todo lo que escribió usted, pero creo poder decir que es este un relato en primera persona verdaderamente completo de la mayor parte de su vida. Por eso decidí no dejar casi nada fuera. Porque me parecía que hasta la carta por momentos más anodina encerraba algo de revelador. Depende de nosotros leer entre líneas. He pretendido, pues, reproducir sus escritos por extenso, con el fin de no traicionar nada de sus palabras y ofrecer al lector una autenticidad absoluta. He intentado añadir notas para guiar, en la medida de lo posible, el relato y poder seguirlo, seguirla a usted, paso a paso. Concebir y moldear esta obra ha sido, al igual que sucedió con la película, como montar un gigantesco rompecabezas a partir de archivos y documentos, procedentes de las cuatro esquinas del globo, guardados en cajas de cartón, en sótanos, áticos - fragmentos milagrosamente conservados por familiares,

amigos o admiradores, que me los han confiado a medida que avanzaba esta misión-. Y es un verdadero privilegio poder transmitir todo esto a su público, a sus lectores, quienes podrán finalmente conocerla cual realmente fue, como artista pero, sobre todo, como mujer. Usted dejó dicho: «Hay dos personas en mí, Maria y la Callas, con las que debo estar a la altura. Pero si realmente se me escucha, en mi canto se me oye por entero». Pues bien, creo, o al menos así lo espero, que la encontraremos aquí a usted por entero, en unos escritos que permiten, por vez primera, alzar una esquina del velo, dejarnos vislumbrar un poco del misterio, sin robarle nada a la magia. Fanny Ardant, quien con su voz dio vida en mi película a las palabras de usted, me dijo: «Creo que Maria Callas ha sido la artista que más me ha ayudado a vivir». Este es uno de los milagros que usted obra.

Me consta, querida Maria, que había pedido ayuda a varios amigos cercanos para escribir una autobiografía que no vio nunca la luz. A Dorle Soria, en ese fatídico año de 1977, le dijo: «Algún día escribiré mi autobiografía. Me gustaría ser yo quien la escribiera, para aclarar algunas cosas. Se han dicho tantas mentiras sobre mí». Por eso emprendí la labor guiado por esta idea, podría decirse que esta obra es lo más parecido a eso. Y es por ese mismo deseo de autenticidad, justamente, por lo que me puse a traducir sus escritos, alejándome lo menos posible del vocabulario original, de las expresiones particulares que emplea usted, las cuales, incluso cuando parecen desmañadas, son tan reveladoras de su personalidad y de sus sentimientos. He intentado ser fiel a sus palabras, ya fueran en el inglés nativo, en el griego de sus orígenes o en el italiano de adopción (veronés, para más señas, el dialecto que conoció por su marido). Manejaba usted lenguajes como *embellimenti* del bel canto, a veces de una manera colorida y única que también he querido respetar. Mantuve su puntuación tanto como pude, sus mayúsculas y

el modo de subrayar ciertas palabras. A menudo la leemos como si la oyéramos hablar con nosotros. Quise también incluir algunas cartas y telegramas que recibió con el fin de arrojar más luz sobre ciertos episodios. Finalmente, añadir la cronología completa de sus actuaciones, conciertos y grabaciones me parecía imprescindible para seguir el camino trazado por usted, o más bien vuelo, cual Ícaro hacia el sol.

Quisiera como colofón expresar mis sentimientos de gratitud, en primer lugar, hacia usted... y aquí me faltan las palabras (como dijera Georges Prêtre: «Lo que hay en los silencios no se puede explicar»), y luego hacia sus seres queridos, quienes me han acompañado con benevolencia indesmayable y confiado muchas de las cartas aquí presentadas, en su mayoría inéditas hasta la fecha. Les deseo, lectoras y lectores, un buen viaje en compañía de usted, y que tengan el privilegio y la dicha de descubrirla, de aprender a conocerla y amarla.

Suyo,

Tom Volf

«Dove cessa la lingua
comincia la Musica, ha
detto il fantastico Hoffmann.
E veramente la Musica è
una cosa troppo grande
per poterne parlare. Ma
si può servirla sempre,
invece, e sempre rispettata
con umiltà. Cantare, per
me, non è un atto d'orgoglio,
ma solo un tentativo
d'elevazione verso quei
cieli dove tutto è armonia»

Maria Mercedes
Callas

«Donde cesa el habla, comienza la música», dijo el fantástico Hoffmann. Y, realmente, la música es algo demasiado grande como para poder hablar de ella. Pero todavía podemos servirla, sin embargo, y respetarla siempre con humildad. Cantar, para mí, no es un acto de orgullo, es solo un intento de elevarse hasta esos cielos donde todo es armonía.

Maria Meneghini Callas (1957)

MEMORIAS (1923-1957)

Traducidas del original en italiano[\[1\]](#)

[\[1\]](#) Dictadas a su amiga, la periodista Anita Pensotti, entre finales de 1956 y principios de 1957.

En los últimos tiempos, diferentes revistas italianas y extranjeras, incluyendo las publicaciones norteamericanas *Time* y *Life*, me han propuesto en repetidas ocasiones publicar mis memorias. Siempre me he negado. Primeramente, porque estas se escriben solamente cuando se ha avanzado en la vida o cuando, presumiblemente, no se tiene nada más que decir. En segundo lugar -me permito el decirlo- no he aceptado movida por preservar mi intimidad. Detesto hablar de mí misma tanto, que he rechazado cualquier propuesta de contar las experiencias sobre mis viajes para evitar lo que hubiera sido imposible, cualquier mención a mis éxitos, dejando que otros hablen libremente de mí, convencida de que trato con gente inteligente, buena y generosa. Sin embargo, desafortunadamente, a fuerza de dejar que esto suceda, me encuentro en el centro de innumerables chismes que circulan por todo el mundo. Asimismo, es por este motivo por el que me decido ahora a escribir, aunque a regañadientes, para corregir muchas de estas inexactitudes y aclarar los puntos más importantes de mi vida privada y de mi carrera artística.

Así pues, esta historia no tiene la intención de crear polémica ni mucho menos. Dios me guarde. Esta historia busca ser seguida con el mismo ánimo con la que la he dictado.

Empecemos por el nacimiento, como es de rigor en toda biografía. Vi la luz en Nueva York, bajo el signo de Sagitario, una mañana del 2 o del 4 de diciembre. No puedo ser exacta con este asunto como lo soy en todas mis cosas, en el pasaporte dice que nací el día 2 mientras que mi madre sostiene haberme traído al mundo el día 4; escoja

usted la fecha que más le guste. Yo prefiero el día 4 de diciembre, primeramente porque debo creer lo que dice mi madre. Segundo, porque es el día de santa Bárbara, patrona de la artillería, una santa fiera y combativa que me gusta especialmente[1]. Año: 1923. Lugar: una clínica de la Quinta Avenida, en el corazón de Nueva York, mismamente, y no en Brooklyn donde, no sé realmente por qué, algunos periodistas quieren hacerme nacer a toda costa. No es que haya nada malo o vergonzoso en el hecho de nacer en Brooklyn (creo que en este barrio han nacido grandes personajes ilustres) pero, simplemente, por amor a la precisión.

Me registraron como Maria Anna Cecilia Sofia Kalogeropoulos. Mis padres eran ambos griegos: mi madre, Evangelia Dimitriadu, que proviene de una familia de militares, es de Stilida, en el norte de Grecia; mientras que mi padre es hijo de agricultores y nacido en Meligalás, en el Peloponeso. Tras su matrimonio se establecieron en Meligalás, donde mi padre era propietario de una farmacia muy bien dirigida; y, probablemente, no se hubieran movido si no hubieran tenido el gran dolor de perder a Basilio, su único hijo varón, a los tres años. Desde ese momento mi padre empezó a convertirse en alguien intolerante, a desear alejarse lo máximo posible del lugar donde había muerto su hijo y poco a poco maduró en él la idea de marcharse a América. Partieron en agosto de 1923, cuatro meses antes de mi nacimiento, llevándose con ellos a mi hermana mayor, Jacinta[2], que entonces tenía 6 años.

En Nueva York, mi padre también abrió una bellísima farmacia y durante los primeros tiempos todo andaba muy bien. El negocio prosperaba y vivíamos en un elegante apartamento del centro. Después, sobrevino la terrible crisis de 1929 que trastocó a nuestra familia; la farmacia fue vendida y durante una época la fortuna ayudó muy poco a mi padre. Debo añadir que seguramente es un hombre demasiado honesto y todo un caballero como para salir

victorioso en la jungla de los negocios. Además, casi siempre ha estado perjudicado por su mala salud. Ahora trabaja como químico en un hospital de Nueva York y tiene una buena posición. No dejaría América por ningún motivo porque lleva viviendo allí 34 años y está perfectamente integrado, pero ha venido conmigo durante mis *tournées* en México y Chicago (también una vez vino con nosotros mamá), teniendo la suerte de verlo todas las noches en el teatro, mientras cantaba, sentado cerca de mi marido.

Volviendo a mi infancia, no tengo recuerdos en particular, salvo la vaga intuición de que mis padres no se llevaban muy bien; de hecho, ahora viven separados, cosa que me apena mucho.

En cuanto a mi vocación, no he tenido nunca dudas. Cuenta mi padre que ya cantaba en la cuna, lanzando vocalizaciones y agudos tan inusuales para un recién nacido que hasta los vecinos quedaban asombrados. Además, mi familia materna ha tenido siempre aptitudes para el canto. Mi abuelo, por ejemplo, tenía una magnífica voz de tenor dramático, pero era oficial de carrera y se entiende que no pensara nunca en cultivarla. Sin hablar, por supuesto, de las mujeres. Habría sido un escándalo, una deshonra insoportable, tener una «mujer de teatro» en la familia. Pero mi madre tenía una concepción diferente, apenas se dio cuenta de mis dotes como cantante decidió hacer de mí, lo antes posible, una niña prodigio. Los niños prodigio no tienen nunca una infancia auténtica. No recuerdo un juguete más querido que otro -una muñeca o un juego preferido- pero sí las canciones que debía ensayar y volver a repetir hasta el aburrimiento para el ensayo final de cada fin de curso. Y, sobre todo, la penosa sensación de pánico que me embargaba cuando en medio de un pasaje difícil me parecía tener una falta de aire y pensaba, aterrorizada, que ningún sonido saldría de mi garganta, que se volvía seca y árida. Nadie se daba cuenta de esta

repentina angustia mía porque, al parecer, estaba calmada y continuaba cantando.

Después de la escuela primaria, todos mis compañeros se inscribieron en el instituto u otras escuelas secundarias. Me hubiera gustado mucho seguir su ejemplo, convertirme en una estudiante de escuela superior. Pero yo no podía; yo -lo había decidido mi madre- no debía robarle ni un solo minuto de la jornada al estudio del canto y el piano. Así, a los once años, dejé de lado los libros y comencé a conocer las ansias y las agotadoras expectativas de los certámenes de *enfants prodiges*[\[3\]](#), a los que me inscribían regularmente para participar en concursos de radio o conseguir alguna beca. Siempre he conseguido estudiar gracias a las becas. Un poco porque, tras el 1929, éramos de todo menos ricos y también porque siempre he estado llena de pesimismo sobre mis posibilidades. Incluso ahora, aunque me acusen de presuntuosa, nunca me siento segura de mí misma y me torturo con dudas y miedos. Ya de pequeña no me gustaba el término medio, mi madre quería que me convirtiera en cantante pero solo si algún día podía llegar a ser una gran artista, y yo era feliz complaciéndola. O todo, o nada. En esto he cambiado poco con el paso de los años. El hecho de ganar becas, por tanto, representó para mí una garantía de mis capacidades y me daba la seguridad de que mis padres no se engañaban creyendo en mi voz. Consolada con esto, continué estudiando canto y piano con una especial perseverancia.



Nueva York, 1924. Maria guardaba esta foto suya en su mesita de noche.

Hacia el fin de 1936 mi madre quiso volver a Grecia para ver a los suyos, conmigo y con Jacinta. Mi hermana partió sola un poco antes y nosotras la alcanzamos en enero o febrero de 1937. En América, por comodidad en la pronunciación, mi padre abrevió nuestro apellido, manteniendo solamente la primera parte y cambiando el «Kallos» por «Callas», dos sílabas más armoniosas. No sé si había hecho alguna práctica especial, pero recuerdo que ya en la escuela me llamaban Mary Callas. En Grecia, en cambio, volví a convertirme de nuevo en Maria Kalogeropoulos. Hacía poco que había cumplido los trece años cuando llegamos a Atenas pero parecía que tenía más porque era como soy ahora, robusta y muy seria, en la cara y en las maneras, a pesar de mi jovencísima edad. Mi madre primero intentó inscribirme en el Conservatorio de

Atenas, el más importante de toda Grecia, pero se rieron en su cara. ¿Qué hacía -le dijeron- con una niña de trece años? Luego, fingiendo que tenía dieciséis, entré en otro Conservatorio, el «Nacional», donde empecé a estudiar con una maestra, posiblemente de origen italiano, la señora Maria Trivella. Pero, en menos de un año, pude lograr mi propósito y entrar, después de un examen brillantemente aprobado, en el Conservatorio de Atenas, donde fui encomendada a la bravísima maestra que ha tenido un papel esencial en mi formación artística: Elvira de Hidalgo[4]. A esta ilustre artista española que sin duda el público y los viejos abonados de La Scala recordarán como una Rosina[5] inolvidable e inalcanzable, y una preciosa intérprete de otros roles importantísimos, a esta ilustre artista, repito con el corazón conmovido, entregado e infinitamente agradecido, debo toda mi preparación y mi formación artística, escénica y musical. Esta criatura elegida que, además de darme sus preciosas enseñanzas, me dio todo su corazón, fue testimonio de toda mi vida en Atenas, tanto de la artística como de la familiar. Ella podría hablar más de mí que cualquier otra persona, porque con ella, más que con cualquier otra, tuve contacto y familiaridad.

Ella explica que me presentaba a clase todas las mañanas a las diez y me quedaba a escuchar todas las demás lecciones hasta las seis de la tarde. Quizá, si conozco un repertorio tan amplio de ópera, se lo debo precisamente a este hecho, a esta sed insaciable de consejos y enseñanzas de la que, en ese momento, ni siquiera me di cuenta. En aquel tiempo, en octubre o noviembre de 1938, o sea hace dieciocho años, se produjo mi debut en los escenarios. Por primera vez, con menos de quince años, me presentaba en el centro de atención con los vestidos de autoridad de una prima donna. Mi papel fue el de Santuzza en *Cavalleria Rusticana* y todo fue muy bien. Pero estaba desesperada porque tenía la cara hinchada y retorcida por un terrible

dolor de muelas. Y siempre ha sido así, en cada punto de inflexión importante en mi carrera. Como veréis siguiendo la historia de mi vida, he debido pagar en persona, inevitable e inmediatamente, todos mis triunfos con un dolor o una enfermedad física. Sin embargo, este primer éxito me abrió el camino para otras audiciones y, pocos meses después, fui elegida para cantar el papel de Beatriz de la opereta *Boccaccio*[6] en el Teatro Real de la Ópera de Atenas.

Recuerdo que mi única preocupación, en aquella época, eran las manos. Nunca sabía dónde meterlas, las sentía inútiles y voluminosas. También mi maestra se quejaba - ahora entiendo que tenía mucha razón- por mis increíbles vestidos. Una vez, tras haberme recomendado insistentemente que me pusiera mi vestido más chic porque debía presentarme a una importante personalidad, me vio aparecer con una falda de color rojo oscuro, una blusa de volantes de otro rojo fuerte y estridente, y en la cabeza, entre unas trenzas enrolladas, un horrible sombrero tipo «Musetta»[7]. Para mí estaba elegantísima y me sentí muy mal cuando la señora Elvira me arrancó el absurdo tocado gritando que no me daría más lecciones si no me decidía a mejorar mi apariencia. Los vestidos los elegía mi madre, quien no me permitía estar delante del espejo más de cinco minutos. Debía estudiar, no podía «perder el tiempo en tonterías» y ciertamente le debo a su severidad el que ahora, con solo treinta y tres años, tenga yo una vasta y profunda experiencia artística. Pero, por otra parte, me han sido completamente arrebatadas las alegrías de la juventud y sus inocentes placeres: frescos, cándidos, insustituibles. Olvidé explicar que, en compensación, subía de peso. Con la excusa de que para cantar bien hay que ser sólido y exuberante, me atiborraba mañana y tarde de pasta, chocolate, pan con mantequilla y zabaiones[8]. Era redonda y rubicunda, con tal cantidad de granos de acné que me hacían enloquecer.

Pero sigamos en orden. Después del *Boccaccio*, el superintendente del Teatro Real de la Ópera me eligió también a mí para la *Tosca*. Los ensayos duraron más de tres meses y me aburrí tanto que, aún hoy, esta ópera ocupa el último puesto en el ranking de mis preferencias. Llegamos así al periodo más doloroso de mi vida, a los tristísimos años de la guerra, de los que no me gusta hablar ni con las personas más queridas para no abrir heridas que aún no han sido curadas. Recuerdo el invierno de 1941. Grecia estaba ocupada por los alemanes, la población ya llevaba varios meses pasando hambre. Nunca había hecho tanto frío en Grecia, por primera vez en veinte años los atenienses veían la nieve. Estábamos ensayando *Tiefland* de Eugène d'Albert, la obra que es considerada la *Cavalleria* alemana, debíamos actuar en la penumbra difusa de las lámparas de aceite por miedo a los bombardeos. Durante todo el verano había comido solo tomates y hojas de col hervidas, que podía encontrar recorriendo a pie kilómetros y kilómetros. Suplicando a los campesinos de los campos vecinos para que me dieran un poco de verdura. Para aquella pobre gente, una cestita de tomates o de hojas de col podía costarles el fusilamiento porque los alemanes eran inexorables; sin embargo, nunca volvía con las manos vacías. Pero, en el invierno del 1941 un amigo de casa, el prometido de mi hermana por aquel entonces, trajo una botella pequeña de aceite, harina de maíz y patatas; no puedo olvidar el asombro con el que yo, mi madre y Jacinta mirábamos aquellos preciados bienes, casi con el miedo de que, por arte de magia, pudieran desaparecer de un momento a otro.

Aquellos que no han experimentado la miseria y el hambre de una ocupación no pueden saber lo que significa la libertad de una vida pacífica y cómoda. Durante el resto de mi existencia no podré gastar dinero innecesariamente y sufriré, es más fuerte que mí misma, ante el desperdicio de cualquier alimento, incluso un poco de pan, una fruta o un

trozo de chocolate. Más tarde, cuando llegaron los italianos, empezamos a estar un poco mejor. Compadeciéndose de mi progresiva pérdida de peso, un admirador de mi voz, propietario de una carnicería requisada por los invasores, me presentó al oficial italiano encargado de la distribución de los víveres a las tropas aliadas. Una vez al mes me vendía diez kilos de carne a un precio irrisorio, y yo abrazaba el paquete entre los brazos y caminaba durante una hora bajo el sol, también en los meses más calurosos, ligera y feliz como si llevara flores. De hecho, aquella carne representaba nuestro mayor recurso. No teníamos frigorífico y no podíamos conservarla, pero la vendíamos a los vecinos y con lo que obteníamos podíamos ir tirando y procurarnos lo indispensable.

Luego los italianos «requisaron» a un grupo de cantantes de ópera, entre los que me encontraba, para una serie de conciertos y, a petición nuestra, nos pagaban con comida en lugar de dinero.

Finalmente, después de aproximadamente un año, pude comer arroz, pasta y beber buena leche nuevamente. En el fondo, conmigo, los italianos siempre se han portado bien. En aquel periodo la señora De Hidalgo insistía en que aprendiera la lengua italiana. «Te será útil», me repetía, «porque un día u otro irás a Italia. Solo allí podrás iniciar tu verdadera carrera. Y, para interpretar y expresarse bien, es necesario saber exactamente el significado de cada palabra». Yo la escuchaba tratando de no dejarme fascinar. Italia y La Scala representaban para mí un sueño imposible, como si estuvieran en Marte o en la Luna, y los aparté del fondo de mis pensamientos para evitar desilusiones. Sin embargo, aposté con mi profesora que en tres meses estaría preparada para conversar con ella en italiano. Pero no sabía cómo lo haría. No podía acercarme a la sede del «fascio», como me habían sugerido algunos, porque mis compatriotas, por supuesto, me habrían considerado una traidora. No disponía de dinero para

recibir clases privadas. Entonces, me hice amiga de cuatro jóvenes médicos que habían estudiado en Italia y, no sé cómo, tal vez porque inmediatamente me gustó muchísimo la lengua de Dante, tras tres meses, había ganado la apuesta.



Atenas, 1943.

En el verano de 1944 tuve mis primeros problemas con compañeros. Teníamos que poner en escena el *Fidelio* y otra prima donna había trabajado duro para conseguir el